

Los paseos con papá

Alejandra Medina Vázquez

Image not found.

Capítulo 1

Gabriela, ágil y pequeña, aunque alta para sus contemporáneos, daba saltitos por la calle, tomada de la mano de su padre, ambos caminaban por "Niño perdido" Gabriela se aferraba a su padre porque había escuchado que ahí se había perdido un niño y por eso se llamaba así a esa avenida que ahora lucía llena de tiendas de ropa y novedades. Se detenían a ver los aparadores, ella veía alrededor, como buscando algo que le llamara la atención, no le interesaba comprar nada, solo era el pasear orgullosa de la mano de su progenitor, con esa tibieza ella podía sentirse poderosa. Lo que más le gustaba de esas salidas era la charla, entre ellos se daban los juegos, solo ellos los sabían, como no pisar las rayitas de las aceras; como dar brinquitos al caminar, eso solo si estaban contentos, si no, se perdía el encanto.

Este día su padre le propuso trabalenguas, era muy importante que ella repitiera letra por letra de una palabra sumamente difícil que él escogería; fue de esa forma que se enamoró de las letras solas y luego las que se enlazaban formando palabras tan largas o cortas como se quisiera, tan complejas o fáciles, según el momento y la habilidad. El le repetía: Iztaccihuatl, Huitzilopochtli, Popocatepetl, Nezahualcoyotl, por más que Gabriela quería repetirlos, tuvo que pasar un tiempo para que lo lograra; cuando sintió que podía decirlos sin trabarse, los repitió de corrido, comenzando por los más fáciles como Cuauhtémoc o Tonantzin. Al terminar, su padre estaba tan orgulloso que la subió en sus hombros y la paseó por todo "Niño perdido" sin soltarla de las manos.

Los paseos con él, eran espectaculares, ambos hablaban y reían mucho, él le enseñaba sobre su trabajo, sus pasatiempos, le regalaba estampitas de lugares del país, que ella atesoraba en un cuaderno habilitado para eso; a veces él aplastaba las corcholatas de los envases de refrescos, le juntaba suficientes para llenar un recipiente del tamaño de un vaso, se las entregaba diciendo que eran monedas para jugar; Gabriela se maravillaba de que aún aplastadas ellas eran redondas y servían muy bien para tal caso.

La llevó a un lugar donde hacía letras en acrílico para anuncios a la intemperie, él debía cortar cada letra; para eso debía marcar en la lámina de acrílico, anudaba un cordel de lado a lado, pasaba un gis por éste y luego solamente jalaba el cordel, lo soltaba ¡y listo! quedaba una marca horizontal perfecta en el material. A Gabriela todo eso le agradaba mucho, pero lo que más disfrutaba era estar junto a su padre, que de cuando en cuando volteaba a guiñarle un ojo.

Moreno, no tan alto, de ojos grandes, nariz torcida a la derecha, labios gruesos, pero no demasiado, cuando sonreía se le hacían unas líneas a los lados de la boca y los ojos se le llenaban de líneas alrededor, lo que hacía

que se viera más atractivo, tenía el cabello lacio y le agradaba peinarlo hacia atrás, poniéndose una grasa para mantenerlos en su lugar, luego se ponía fragancia; a Gabriela, que observaba atenta todo ese proceso de arreglo, le gustaba mucho oler a su padre recién aplicada la loción; el frasco tenía un barco con velas e incluso se podía ver el timón y la barandilla. Gabriela, desde la cama, le lanzaba besos a su padre y él repetía infinidad de veces el guiño que ahora mismo le lanzaba, como un distintivo de complicidad entre ambos.

Cierta vez lo vió salir de noche, preguntó a dónde iba y no contestó, estaba malhumorado, no quiso contestar nada, ni siquiera la volteó a ver ... ese fue el fin. No supo nada de él hasta mucho tiempo después, cuando el amor que sentía se había esfumado y nada se podía recuperar. En ese momento, Gabriela era mayor de edad, ya no estaba interesada en los cuentos infantiles y mucho menos en relacionarse con quien dejó de ver hacía tantos años.

Pero lo que Gabriela no le contó en la ocasión que lograron verse, es que lo estuvo esperando cada día, sentada junto a la ventana durante varios años; incluso cuando se cambiaron de casa, ella, fiel, seguía poniendo su sillita en la azotea, observando de cuando en cuando hacia la calle, esperando verlo, pero no; no regresó. Al cabo de los años, ella se fue convenciendo que no regresaría, sintiendo que así era lo que le tocaba vivir, queriendo olvidarse de la tibieza de la mano protectora y esa seguridad tan especial que nunca más volvió a tener.

Y ... siguió.